

La poesía de Ennio Moltedo

Dr. ADOLFO DE NORDENFLYCHT B.

Universidad Católica de Valparaíso

1. “*Pero alguien, aislado, sin ser reproducido ni aparecer en las pantallas, en silencio y con actos distintos...*”

(*Playa de Invierno*, pág. 17)

La obra poética de Ennio Moltedo (1931) publicada hasta el momento, comprende cinco volúmenes breves: *Cuidadores* (1959), 31 págs.; *Nunca* (1962), 42 págs.; *Concreto Azul* (1967), 60 págs.; *Mi Tiempo* (1980), 60 págs.; *Playa de Invierno* (1985), 63 págs.

Pese a que la mayoría de estos títulos han merecido en su oportunidad algún galardón, las circunstancias y los tiempos no han permitido siempre una aproximación crítica justa sobre la totalidad de una obra que Moltedo construye entregado sólo a su oficio, sin concesiones a modas literarias más o menos pasajeras ni a estridencias supuestamente innovadoras. La palabra de Moltedo se distancia de la altisonancia y del experimentalismo superficial para dar cuenta, en vez, de una experiencia poética auténtica a través de la configuración de un universo trabado y coherente, animado por una personal comprensión de la existencia. De modo que el conjunto de la producción de Moltedo se revela como una propuesta en sucesión, una obra en marcha que se profundiza y enriquece con cada poema, con cada libro, con cada giro, los cuales se (co)rresponden y reflejan como las piezas de un prisma.

Sin duda que esta modalidad de la escritura de Moltedo plantea una tarea compleja y extensa para el análisis detenido de su obra. Nos limitamos entonces en estas notas a señalar algunas posibles vías de acceso a su universo poético.

Frente a otros poetas de su promoción, Moltedo se singulariza por practicar un discurso de transparente y decantado lirismo que termina paradójicamente por elegir la prosa poética como forma de expresión. Esta

calidad lírica sustancial provee el trasfondo continuo sobre el que se teje —adquiriendo peso y significación— la trayectoria de su obra en que las diversas redes temáticas van organizando un mundo ordenado con la certidumbre de una siempre redescubierta nostalgia. El itinerario creativo de Moltedo puede concebirse, de manera muy sintetizada, como la inscripción de una espacialidad cuyos extremos —entre los que discurre y se dilata, engendrando tal espacio— resultan marcados por la melancolía y la meditación. El eje de este desarrollo que conduce de la melancolía a la meditación lo constituyen los poemas centrales de *Concreto Azul*, volumen que representa la madurez de la personalidad poética de Moltedo y que delimita las etapas de su evolución.

2. “Los hijos solitarios han elevado un mirador...” (*Nunca*, pág. 17)

La primera instancia constitutiva del proceso creador de Moltedo se sustancia en *Cuidadores* y *Nunca*, y está caracterizada expresivamente por un predominio de poemas de mediana extensión que en el segundo libro se van haciendo más extensos hasta alcanzar la línea y el ritmo de la prosa que se afirma definitivamente en *Concreto Azul*.

En *Cuidadores* se configura temáticamente el tratamiento de la infancia entendida como un reducto de la libertad y la plenitud —segregado del mundo de la realidad habitual, el mundo ‘adulto’— en el cual se entrelazan indistintamente las situaciones y los elementos legendarios de las lecturas de la infancia. El poeta se erige en guardián de ese espacio, y su palabra cuidadora pone en escena el teatro de la niñez que intenta recuperar nostálgicamente un tiempo regido por el deseo y la fantasía sin limitaciones.

En *Nunca*, la temática de la infancia se ahonda al investirla con la experiencia biográfica del enunciante, de modo que el texto deviene crónica lírica-fragmentaria, sugerente, interiorizada de la historia personal y su entorno inmediato. Se abandona así, paulatinamente, la referencia a motivos y figuraciones legendarias. *Nunca* se endereza a configurar un mito personal de la infancia, poetizando lugares (plazas, paseos, patios, bodegas, viñas, estaciones, comedores, etc.) e imágenes del recuerdo (la maestra, el mantel, el fonógrafo, etc.), e insistiendo en la consideración de la infancia como un espacio edénico, en el que los sujetos de los enunciados quieren permanecer reteniéndose ante la existencia adulta.

El ciclo de la infancia se corona con el surgimiento de la figura femenina (“la joven”, “la niña”, “Virginia”, etc.), cuya nubilidad idealizada focaliza las pulsiones erotizantes del deseo. La coronación de la infancia es al mismo tiempo su cumplimiento, su término. Cerrado el despliegue de esta configuración discursiva, otros núcleos temáticos la relevan generando nuevos

ámbitos simbólicos que adquirirán un desarrollo posterior: la pasión amorosa, el mar y el acto de escribir. Pero más que la complejidad o la originalidad temática, lo que imprime un rango lírico puro y conmovedor a estos libros, es la levedad de un canto en el que trasciende, más allá de la sensorialidad impresionista, una impalpable pero sostenida emoción de misterio.

3. "Tendrás que aprender mi lenguaje" (*Concreto Azul*, pág. 31)

En *Concreto Azul*, volumen dividido en tres secciones numeradas, se reelabóran los temas de la infancia, el mar y el amor, desde la perspectiva de la meditación acerca de ellos, lo cual, a su vez, involucra la reflexión sobre el propio quehacer poético. De este modo va ganando terreno una modalidad de discurso que busca plantear con libertad y en forma incisiva, cuestiones, dudas, angustias. La poesía de Moltedo adquiere en este libro un dramatismo sorpresivo y hondo, que da cuenta del extrañamiento del sujeto (otro aspecto de su radical marginalidad) mediante imprevistas interrogaciones y frases sentenciosas suspendidas que segmentan el discurso y le imprimen un ritmo acezante.

El texto parece dialogar consigo mismo, diciéndose y desdiciéndose, mostrándonos sus propios fantasmas. Este dialogismo abre al interior del poema un doble fondo, una suerte de escenificación del constante propósito de mutua fecundación entre realidad y deseo que atraviesa toda la poesía moderna.

Desde esta perspectiva, la escritura de Moltedo alcanza su expresión más ajustada en los poemas de la sección segunda de *Concreto Azul*, muchos de los cuales manifiestan el propósito de reflexión sobre la poesía desde sus títulos: "Creación", "Objeto", "Imagen", "Formas", "Mudos", "Silencio". La sección se completa con la intercalación de poemas que desarrollan el tema erótico-amoroso: "Amor", "Momento", "Amores", "Muy dulce", "Eterna", "Ir". En estos poemas, por una parte, la persona subjetiva es representada en el discurso indistintamente por "yo" o por "nosotros", de modo que la posición del sujeto es inestable, oscilando entre dos extremos: la radicalización en la persona estricta, en cuyo caso siempre parece asociada a la figura del contemplador distante y meditativo, o la amplificación del sujeto, anexándose a una globalidad que puede valer en unas ocasiones por *yo* + *tu*, y en otras por *yo* + *lo otro*. Por otra parte, la persona no subjetiva, evidenciada en toda esta sección por *tu*, o perceptible en las desinencias verbales como segunda persona, resulta en el conjunto asociada a dos marcos referenciales internos: la serie amorosa y la serie poética. De modo que también *tu* resulta escindido y ambivalente. Inversamente, objeto erótico y objeto poético se (con)funden en la medida que lo que se *predica* de uno es

predicado del otro. Ambas isotopías se entrecruzan y enmascaran mutuamente; aunque el abundante predominio léxico de la isotopía “poética”, “escriptural”, ordena la lectura a una comprensión del discurso autoconsciente que dice de sí mismo su adscripción poética, reflexionando sobre el proceder de su génesis y concreción. El juego de las relaciones que se establecen entre el sujeto y el objeto del deseo (*aquí te digo con palabras claras, con cubos negros, que te deseo*, pág. 36) articula un cierto hilo argumental dramático que organiza de manera subyacente la concepción del hacer poético sustentada por Moltedo, conforme a los siguientes nudos fundamentales:

—“Tu”, (“ella”): la poesía entendida como lo otro numinoso, “sagrado”, transformadora del mundo cotidiano; indiferente al lenguaje en que se manifieste y en gran medida inefable (*nunca sabremos descifrar estas mudas palabras: Allá, en tu esfera, entre nubes*, pág. 40).

—“Yo”, “nosotros”: el sujeto caracterizado por el ansia de acceder a un estado dichoso de comunión con el “tu” (*y es una gran dicha reencontrarla a trozos, completar el resto de los años*, pág. 44).

—El encuentro se produce, o no, en conformidad a posibilidades y limitaciones derivadas de la naturaleza propia de sus actores: la poesía soberana en su advenimiento (*Sin llamarte, sin grito claro viniste a mí*, pág. 43).

El sujeto cuyo oficio escritural dispone y ensaya las vías de tal acontecimiento adoptando ciertas actitudes definitorias: Convocación (*tendrás que aprender mi lenguaje*, pág. 31, *Cualquier signo que te nombre, que sea de los míos*, pág. 33) y (*espero traduciendo el ritmo de las ondas, tu paso*, pág. 33, *Y allí esperar diez segundos como quien no espera nada*, pág. 35). A partir de ellas, la escritura, la “ciencia última” (pág. 39), se ejercita como una operación paciente que conduce al poeta a instalarse en el límite, el borde del posible encuentro, y en pura disponibilidad. El trazo leve, la distancia, el enmudecimiento, la inmovilidad, el reflejo, revelan la capacidad negativa de una escritura que se construye reteniéndose para dar lugar a la aparición.

Yo recepciono las ondas, vigilo cada acorde, te distingo. Voy conformando aquí, sobre la mesa, los ingredientes de tu volumen y, sin saberlo, tú cooperas, casi ordenas que otros te custodien, te reflejen, y das aviso de tus actos, decisiones, y te pones suave cuando te exhibes para que esta figura cada día se te parezca más (Creación, pág. 37).

El poeta ha experimentado esos momentos en que se produce el fugaz advenimiento poético (*Sin llamarte fue este encuentro e igual fue tu huida, sin un grito, una palabra*, pág. 43), por ello su nostalgia (*Debo pulir la nostalgia, colocar su volumen sobre el mar*, pág. 36) y la aceptación de un oficio destinado

siempre al fracaso en la medida que el encuentro se produce sólo en su deshacimiento:

Pero tú también conoces esta magia: llevar al campo, donde se te pudo esperar un siglo, la marca rectilínea, la esencia de tantas huellas, la acumulación de visiones que el viento siempre ha barrido en el mejor instante; y tú vienes a mi encuentro deshaciendo, con la preciosa mano, lo único cierto: mi juego de amor (“Muy dulce”, pág. 42).

4. *El poeta, ante tanta urgencia, ante tanta urgencia...* (*Mi Tiempo*, pág. 41)

Los poemas de *Mi Tiempo* y de *Playa de Invierno* representan una nueva dirección en la evolución de la poesía de Moltedo que se orienta decididamente a dar cuenta de la posibilidad o imposibilidad de la existencia poética en la vida habitual. De este modo, se abre un nuevo espacio: el teatro de la experiencia de lo cotidiano, por el que el poeta deambula meditando sobre los parajes urbanos, los hábitos ciudadanos, sorprendiendo en ellos lo inesperado, el equívoco, el envés, la excepción. Este viaje al otro lado de las cosas, que tiene sus raíces esbozadas en la sección III de *Concreto Azul*, describe una trayectoria que, surgiendo del asombro gratificante que ilumina el mundo y nos permite palpar el otro lado de la realidad, conduce al poeta a una posición de absoluta marginación (*En la noche abro los ojos espantado. Soy de otra raza*, *Mi Tiempo*, pág. 57).

El comercio con lo otro termina en el propio extrañamiento del sujeto urbano que anhela entonces una existencia plena entre las materias elementales (el sol, el agua, la hierba). Sin embargo, esta reintegración a lo elemental sólo es posible —y el poeta lo advierte como una certeza definitiva— por la muerte. La figura de la muerte, el paso del tiempo como cumplimiento y acabamiento, plantea el drama profundo del hombre y sus límites, ante el cual el sujeto se suspende y se contempla ahora con una fina ironía (véase “Ausente”, *Playa de Invierno*, pág. 32) que tiñe la totalidad de su mirada.

La poesía de Moltedo es una poesía de los límites, de los márgenes, de la suspensión. A lo largo de toda su obra, la imagen del espacio litoral (la playa, el puerto, etc.), donde se junta la tierra y el mar, va erigiéndose como un símbolo axial y definitivo que remite a la experiencia poética (mar = página en blanco) y humana (mar = muerte-vida) de la existencia comprendida como la emergencia que nace desde el fondo continuo del desaparecimiento:

Este es el final de la costa: donde el faro apunta y se desprende (*Playa de Invierno*, pág. 63).

Esa costa es el trazo escritural de Ennio Moltedo.

NUNCA

El niño pasea por prados lejanos y demoraría vidas esperar su arribo que se entretiene. Canta, salta y se moja en el agua desconocida de los animales. Penetra las tinieblas con preciosa bolsa y sonríe al juncos que los desliza seguro por la huella de pies grandes. Y como no conoce mercados ni luces enfermas, no visita las fiestas prisioneras de los pueblos.

Las madres prometen largos juegos cuando él llegue. Los hombres trepan, buscan, tallan alta silla, y se piensa en un ramo, en una vela retorcida al calor, todo para un brindis futuro que asegure que esa cortina será la gracia de la calle. ¿Y el escudo? Ese ya está ocupado por el señor y la dama de colores.

Los hijos solitarios han elevado un mirador. Arriba, con sus primeros peinados, escudriñan con gestos y juegan el mismo racimo. Excitados por lo que suponen ya cerca, con gritos reclaman a los atrasados que corren portando sus ruedas y cañas.

Pero el niño pasea por prados lejanos y demoraría vidas esperar su arribo que se entretiene.

(De *Nunca*, 1962)

EL ENEMIGO

Descánsabamos con el oído atento, apoyado en el suelo, tratando de distinguir cualquier ruido; permanecíamos, así, durante horas, cubiertos por la hierba y sin pensar en nada que no fuera el peligro, el rumor, la agitación de una hoja, la brisa inclinando la tarde.

Despertábamos al escuchar los gritos, la campana anunciando la comida, y regresábamos a la casa arrastrando las armas del juego. Antes de entrar, girábamos por última vez la cabeza: Nadie.

(De *Concreto Azul*, 1967)

BUSQUEDA

Voy a repartir tres cartas diarias por los cerros del puerto.

Montando el unicornio y con linterna sorda hollaré los pedrones sueltos, resbaladizos por la lluvia del mar.

Rodearé Barón hasta llegar al antiguo fuerte de pobre cañón. Golpearé las plazas abiertas, me internaré por frescas quebradas, y, sorprendiéndome la noche, descansaré abrigado, protegido por las plumas de los gatos.

Esa noche decidiremos, de toda la municipal miseria, qué árbol, caña o buhardilla no cobijan aún cuentas o aeroplanos.

(De *Cuidadores*, 1959)

AUSENTE

A veces, con el camino ya trazado y la espera en el proscenio, y abajo el público, la calle me parece de pronto una celda y las flores —por allí— un homenaje a la muerte.

Y comienzo a girar rápido en torno a la plaza; oxígeno, peces me sorprenden y ya puedo ofrecerles mi tiempo. Mi tiempo que se olvida y que me lleva hasta el mar. Mientras cae el telón, vuelvo a sonreír.

(De *Playa de Invierno*, 1985)

ESPERA

Y me quedo pensando en cómo decidir el gran problema. Al no poder contentarlos a todos, al no poder regarles la bocina, al no poder evitar que algunos me aplaudan y otros me despeñen, trazo una línea sobre el mapa y ya estoy lejos. O dibujo un arma, algo mortífero y con ella al hombro me paseo haciendo temblar a todo el mundo.

¿Pero cuánto puede durar esto?

(De *Mi Tiempo*, 1980)

VIAJE

Vuelve a sentarte a mi lado, de pronto,
y expande otra vez las plumas que fueron
llenando, de aliento y calor, la enorme y pequeña
distancia que nos unía y separaba durante aquel
viaje, en bus, por el mar.

(De *Playa de Invierno*, 1985)

